

que en él vertieron un día  
tus manos, Saudade mía!...  
¡Tus manos, blancas doncellas

que hilan, — trabaja y trabaja, —  
con tus guedejas tan bellas  
el negror de mi mortaja!

XIV

El sol incendia el Poniente...  
Brisa del mar, si á ella llegas,  
en tanto que alegre juegas  
con los rizos de su frente,

dí á su oído, dulcemente,  
si mis besos no le entregas,  
que están mis pupilas ciegas  
de tanto llorarla ausente!

¡Ay! si la vieres bañada  
en llanto, pasa de prisa  
y de mí no le hables nada...

¡Mas las perlas de su lloro,  
recoge y tráemelas, brisa,  
para engarzarlas en oro!

XV

¡Oh, las noches venturosas,  
cuando el amor nos ligaba,  
—carne esclava y alma esclava—  
en sus cadenas de rosas!

Las brisas siempre olorosas;  
todo hiedras, todo lava...  
La misma fuente saciaba  
nuestras bocas ardorosas!

Nuestro amor al fuego echamos...  
Mas aún su brasa nos quema...  
¿No recuerdas cuando fuimos

consonantes de un poema,  
que en un abrazo empezamos  
y en un beso concluimos?

XVI

Más lágrimas que derrama  
el surtidor de una fuente,  
vierte, llorándote ausente,  
el corazón que te ama!

Aún me calienta tu llama...  
Aún mi anhelo te presiente...  
¡Como un jardín floreciente  
tu recuerdo me embalsama!

Alta noche... Ni aun el viento  
se mueve... La luna envía  
tu beso á mi pensamiento...

Todo, todo se durmió...  
¡Sólo velan, alma mía,  
la luna, tu amor y yo!

XVII

Cuando casi en los confines  
de la muerte me veía,  
tu mano me abrió, alma mía,  
el frescor de tus jardines!

¿Dónde pensamientos ruines,  
dónde la melancolía,  
si el agua alegre corría  
perfumada de jazmines?

¿Quién piensa en la airada flecha  
y en los rostros cejjuntos  
y en las miserias de ayer,

cuando en sus brazos estrecha  
el cielo y la tierra juntos,  
hechos carne de mujer?

XVIII

Suave como la azalea,  
blanca como la celinda...  
Tu mirada cielos brinda  
y tu aliento mundos crea.

Mi vida expirar desea  
entre tus brazos, Arminda,  
bajo tus labios de guinda  
donde el amor picotea!

Cantas, cantas con tal arte,  
que á las alondras obligas  
á callar para escucharte.

Y eres tan leve, tan leve,  
que pasas por las espigas  
y ni una sola se mueve!

XIX

En tu cámara atesoras  
y con tu luz avalías,  
las más ricas pedrerías  
y las guzlas más sonoras.

Son crepúsculos y auroras  
velos de tus fantasías...  
¡Tus heraldos son los días  
y tus cautivas las horas!

Tus ojos son una eterna  
fiesta de estrellas de oro  
en mi lóbrega cisterna...

Y yo en el brocal, sombrías  
lágrimas de sangre lloro...  
¡porque nunca serán mías!

XX

Fuiste como el arca santa  
del amor de mis amores...  
Sueño de Abril, dí, ¿qué flores  
florece bajo tu planta?

¿Qué nuevo ruiseñor canta  
á la luna sus dolores?  
¿Qué nuevos brazos traidores  
son dogal de tu garganta?

Golondrina ¿de qué alero  
colgaste tu nuevo nido  
que en vano tu vuelta espero?...

¡Oh, tú, mi esperanza única!  
¿sobre qué lecho ha caído  
la blancura de tu túnica?

XXI

A un mármol ¡clásico igualas  
con tu blancura, ilusoria  
imagen, que en mi memoria  
tu antigua fragancia exhalas.

En sus homéricas galas  
te envuelve altiva mi gloria..  
¡Para ser una Victoria  
sólo te faltan las alas!



En glorioso simulacro,  
sobre el mármol blanco y sacro,  
tu imagen esculpiré

¡oh, infatigable amazona!  
con la piel de una leona,  
sangrando bajo tu pie!

XXII

Qué me importa la distancia,  
mares y tierras, si aún siento  
tu amor en mi pensamiento  
y en mis manos tu fragancia?

¿Si aún la dulce resonancia  
fugitiva de tu acento,  
en mi corazón, el viento,  
para consolarme escancia?

Todas las noches, tu mano  
abre á este amor sobrehumano,  
de tus edenes la puerta...

¡Maldita la luz del día,  
porque sueño que eres mía,  
y del sueño me despierta!

XXIII

Qué vale adarga y loriga  
contra tí, Amor, si tu flecha  
va, por los ojos, derecha  
al corazón? — ¡Que maldiga

otro tu saña enemiga,  
que yo aun cuando de esta hecha  
pierda la vida, deshecha  
por el mal que me atosiga,

bendeciré tus rigores,  
porque me das sus favores...  
La pena más larga es corta

para el bien que me has brindado...  
Después de haberla mirado,  
morir, Amor ¿qué me importa?

XXIV

Pasa día y noche una  
princesa, hija del Rey moro,  
hilando junto al sonoro  
espejo de la laguna.

Maldice de la fortuna,  
queriendo hilar el tesoro  
de su túnica, con oro  
de sol y plata de luna,

y nada sus ansias calma...  
Teje, teje y teje, presa  
de anhelos inextinguibles...

¡Ay, quién no lleva en el alma  
encantada una princesa  
tejedora de imposibles!

XXV

Desde que te hallas ausente,  
cada verso que te escribo  
es una lágrima... Vivo  
mi pasado en mi presente.

¿Tu blanca mano no siente  
latir mi pecho cautivo,  
en el ritmo fugitivo  
de cada estrofa doliente?

No es un papel, dueño mío.  
Es mi alma lo que te envió...  
Pobre alma dolorida

que va tus manos buscando,  
por cada verso sangrando,  
que es cada verso una herida!

XXVI

¡Aquella sonrisa!... Era  
tan dulce que parecía,  
al hablar, que florecía  
de pronto la Primavera!

Como bajo una palmera  
mi dolor adormecía,  
mitigando mi agonía  
con la piedad de su: —¡espera!

Desangrándose entre abrojos  
agonizan mis quebrantos...  
¡Ven á darme tu consuelo,

para que mis pobres ojos,  
cual los ojos de los santos  
se vidrien mirando el cielo!

CADENAS DE ROSAS